

se retiraron los españoles anclando á quince leguas del fuerte. Este fuerte era un recinto, cuyos fosos se habian hecho en algunos días y sólo podian defenderse contra los indios. Aquella misma noche á deshora, se acercaron los españoles, mataron al centinela á la sordina, salvaron los fosos, encontraron dormidos á todos los franceses é hicieron una carnicería. Al dicho Ribaut le cortaron la barba, para enviársela al rey de España, al decir de ellos. Las pocas mujeres y niños que no mataron fueron vendidos como esclavos en Puerto Rico.

Cuando Catalina quiso quejarse de este golpe de mano, contestó friamente Felipe: La queja es vana, puesto que los franceses que sin vuestro consentimiento fueron allá han sido castigados (1). Forquevauls no pudo menos de decir al duque de Alba que Melendez habia sido mejor verdugo que soldado (2).

XII. — Continuacion del espionaje en Francia

Pero ya extendia su mano sobre Francia Felipe II, y leia con mucho gusto un libelo que lo designaba como el único soberano legítimo de los franceses en virtud de los derechos de una hija de Luis el Atrevido, la cual se habia casado con uno de sus antepasados. El que ha publicado ese escrito, decia desdeñosamente Catalina, tiene más necesidad de aprender que de hacer que se burlen de él dando á luz obras tan necias (3). Los manejos de Montluc eran más alarmantes: continuaba, desde la entrevista de Bayona, su correspondencia secreta por medio de los dos Bardaxi y repetia (4) que la reina no se cuidaba de que la religion católica se perdiera. Dirigia notas sobre la urgencia de una intervencion española (5), comunicaba á Felipe cartas de Juana de Albret y de su hijo (6), recibia órdenes del rey de España, ahora por cartas de Ruy Gomez (7), ahora por Felipe Bardaxi (8) que se mantenía á su lado para dar avisos, decia el rey, de todo lo que es útil á nuestro servicio (9) y como el más capaz de comprender la importancia, en aquella ocasion, de recibir las confidencias de Montluc y para avisarle de las inteligencias y designios de los

franceses (10). Montluc tuvo hasta el descaro de pedir al rey de Francia una comision de capitán francés en favor de este Felipe Bardaxi, que recibia de España una pension de cuatrocientos ducados para sostenerse durante el tiempo que asistiera á Montluc (11) y que dirigia memorias sobre el estado de los ánimos en la Guyena (12). Montluc pretendió que se le autorizara para reclutar y mandar seiscientos hombres, pues aunque era español, tenia la mayor parte de su hacienda en Francia (13).

Durante estas traiciones de Montluc, contraste singular, su propio hijo y su hermano estaban señalados como enemigos de España. Su hijo, el capitán Peirot, preparó en el verano de 1566 una expedicion naval que pretendia dirigir ya contra la isla de Madagascar (14), ya contra los enemigos del rey de Dinamarca (15). Los españoles creyeron que esta flota iba destinada á la Florida y se negaron á recibirla en la rada de Madera. El capitán Peirot tomó por asalto la ciudad de Madera pereciendo en la demanda, y fué oficialmente condenado por Catalina como lo fueron ántes los capitanes Ribaut y Laudonnière (16). En cuanto al hermano de Montluc, el obispo de Valencia, estaba ocupado en la ciudad de Tolosa en reprimir el tumulto de los estudiantes españoles de la universidad, que se habian puesto al servicio de los católicos exaltados para oprimir á los moderados. El tumulto habia comenzado por una diferencia entre un español y un francés: españoles y franceses pasaron por delante de las aulas armados como en guerra, y fueron tan imprudentes que se desafiaron públicamente. Hallaron en una escuela á un jóven lemosino que no habia abandonado sus libros y dándole muerte lo arrastraron por las calles gritando: ¡Mueran los luteranos! Fueron sostenidos por el populacho y por los capitulares que les distribuyeron coseletes y arcabuces (17) con tal parcialidad que los estudiantes franceses tuvieron que salir de la ciudad. Hay en los capitulares,

(10) Ms. citado. «Será bien que pues entendeis de la importancia que es en estos tiempos y ocasiones tener persona confidente acerca de Montluc por quien él nos pueda avisar de las inteligencias y designios de franceses...»

(11) *Ibid.*

(12) Ms. Arch. nac. K. 1507, pieza 118.

(13) *Ibid.* K. 1510, pieza 10, y Ms. Bibl. imperial San Petersburgo, citado por M. de Ruble, Correspondencia de Montluc, tom. V, pág. 122.

(14) *Comentarios de Montluc*, edicion de Ruble, tom. III, pág. 76.

(15) Ms. Bibl. nac. franc. n.º 15882.

(16) Ms. Bibl. nac. franc. n.º 10751, folios 492 y 523.

(17) Ms. Bibl. imp. San Petersburgo, publicado por M. E. de Barthelemy, pág. 319, el obispo de Valencia al rey, 20 julio 1566.

(1) Ms. Bibl. nac. 10751, Felipe á Catalina, 18 febr. 1566.

(2) *Ibid.*, fol. 185.

(3) Ms. Bibl. nac. fol. 195, Catalina á Forquevauls, 6 marzo 1566.

(4) Ms. Arch. nac. K. 1505, pieza 147.

(5) *Ibid.* pieza 47.

(6) *Ibid.* K. 1506, piezas 94 y 95.

(7) *Ibid.* K. 1506, pieza 48 y K. 1507, pieza 118.

(8) *Ibid.* K. 1506, piezas 8, 46, 91.

(9) *Ibid.* K. 1506, pieza 88, Felipe á Bardaxi, 13 febr. 1567.

dice el obispo de Valencia (1), ó una gran malicia ó una extrema ignorancia: no quiero más pruebas que la de haber alistado estudiantes españoles, para servirse de ellos en armas, sin haber llamado uno siquiera de nacion francesa.

Los informes é influencias de Felipe no eran ménos seguros en Paris que en el valle del Garona.

Verdaderamente, su embajador, don Francés de Alava, tenia una imaginacion tan sombría que en todas partes le hacia ver herejes y conspiraciones; sus cartas daban apariencias de maquinaciones contra España, con suposiciones casi siempre ridículas, á las más insignificantes aventuras. Así, refiere con mucha seriedad como una empresa de los herejes para apoderarse del rey una anécdota bastante ingenua (2). En el carnaval de 1567, el señor de Crusol condujo al jóven Carlos IX, que tenia á la sazón diez y seis años, á cierta casa donde le esperaba una damisela de la ciudad. Despues de una opípara cena, hubieron de encerrarlo con ella en un aposento; pero el rey salió muy inocente y aun enojado porque lo habian tenido bajo llave. Tres ó cuatro días despues refirió el paso al genovés Fragoso á quien confesó su enojo por haberlo encerrado con la moza: Fragoso le dió explicaciones, que sin duda exacerbaron el enojo del rey, y fué expulsado de la corte sin demora por mandato de Catalina.

Pero no siempre alteraba los hechos esta suspicaz credulidad, como quiera que los denunciaban tambien ánimos más levantados. Los Guisas, mucho mejor informados que Montluc y más sagaces observadores que Alava, iniciaban sus relaciones secretas con España. El cardenal de Lorena, M. de Aumale y yo, escribe Alava (3), tenemos una cita á media legua de Paris, mañana á las diez de la noche. La reina quiere reconciliarlos con los Chatillon y yo irrito cuanto puedo el resentimiento de ellos. El cardenal no temia escribir directamente á Felipe y decirle: Dios ha permitido hasta aquí tales turbulencias (4) para llamaros á la venganza de tantas herejías y blasfemias de su santo nombre y preciosos sacramentos.

Catalina comenzaba á cansarse de este espionaje y de las retractaciones que se exigian

(1) Ms. Bibl. nac. franc. 15882.

(2) Ms. Arch. nac. K. 1507, del 8 de marzo de 1567, postdata autógrafa.

(3) Ms. Arch. nac. K. 1505, pieza 99, del 19 mayo 1566. «Ando fomentándolos cuanto puedo»

(4) *Ibid.* K. 1509. Es á propósito de las turbulencias de los Países Bajos.

de ella: Alava se hacia más intolerable que su antecesor y no paraba de formular quejas sobre las expediciones navales, sobre el ejercicio del culto concedido á los hugonotes, sobre las bandadas de franceses que pasaban la frontera para llevar refuerzos á los descontentos de los Países Bajos. Catalina se vió obligada á disimular para esquivar un peligro contra el cual no habia sabido tomar precauciones: los antiguos tercios españoles se reunian á las órdenes del duque de Alba, ignorando ella quién iba á ser atacado. ¿Sería Turquía, Flandes ó Francia? Juana de Albret se inquietaba por el Bearn y procuraba sonsacar al tenebroso Alava. Es, solia decir éste, la criatura más mezquina que he visto, y hereje apasionada (5).

Nuevas inquietudes, cuando se sabe que el ejército del duque de Alba está destinado á los Países Bajos. Ese ejército, exclama Catalina, no puede pasar por Francia: seria menester franquear las montañas más elevadas y estériles de Francia y batirse contra los herejes que no dejarían de ponerse en armas. Y ha añadido expresiones de cariño y cien mil chocarrerías y adulaciones á Vuestra Majestad (6), termina diciendo Alava.

Pero algunos meses despues, el ejército del duque de Alba estaba ocupado en Flandes. Catalina habia reclutado seis mil suizos y sabia por Forquevauls los embarazos de Felipe II. «No tiene cuenta al rey de España hacer la guerra á nadie, y ménos á V. M. porque tiene otras maderas que desenredar» (7). Los turcos asolaban las costas de Italia, los príncipes luteranos de Alemania levantaban tropas para favorecer á los rebeldes de los Países Bajos, los moriscos de Andalucía y Murcia comenzaban á removerse, el príncipe don Carlos se entregaba á extravagancias humillantes; todos los peligros y recelos se acumulaban al parecer en torno de Felipe II. Catalina se creyó libre de su pesada vigilancia y contestó orgullosamente á una reclamacion de Alava contra nuestros puertos de Brouage y Marennes, que habian admitido corsarios franceses cargados de despojos de dos galeones del Perú: No me escribais más cartas tan retóricas, ó se las enviaré al rey mi yerno, que conoce mejor que vos mi buena voluntad (8).

No pudo sostener mucho tiempo esta altiva

(5) Ms. Arch. nac. K. 1507, pieza 2 B.

(6) Ms. Arch. nac. K. 1507, pieza 2 B.

(7) Ms. Arch. nac. 10751, fol. 631, marzo 1567.

(8) Ms. Arch. nac. K. 1508, del 30 abril 1567. La carta de Alava es del 28 de abril, K. 1508, pieza 50. «No puedo dexar de dezir á V. M. que tengo por fe que si el rey christianísimo tuviera edad para

actitud, viéndose luego á su vez abrumada de inquietudes. Los hugonotes se levantaron en armas, intentaron arrebatar las personas de Carlos IX y Catalina y batieron en Saint-Denis á las tropas reales: tuvo, pues, Catalina que humillarse á su yerno, implorar apoyo, ofrecer una alianza sumisa en trueque de esta ayuda «que nunca agradeceremos bastante á V. M., asegurándole que si viene en ayudarnos todas las fuerzas que tiene el rey mi hijo están á vuestro mando» (1). En cuanto llega un cuerpo del ejército

del duque de Alba, se da prisa Catalina en dar á conocer á Felipe (2) el héroe que ha educado para la liberación de los católicos, «mi hijo el duque de Anjou, á quien el rey mi hijo ha hecho su lugarteniente para libramos á nosotros, primero, y después á toda la cristiandad.» En fin, por una inesperada evolución, concluye súbito la paz con los hugonotes y despide á los peligrosos auxiliares que le ha suministrado la sospechosa deferencia del duque de Alba.

CAPITULO VII

PRIMER PERÍODO DE LA LUCHA CONTRA EL ISLAMISMO.—1559-1568

NECESIDAD DE GUERRAS CONTRA LOS OTOMANOS.—DERROTA DE MOSTAGAN.—DESASTRE DE GERBA.—DEFENSA DE MERS-EL-KEBIR.—TOMA DEL PEÑON DE VELEZ.—LIBERACION DE MALTA

I.—Necesidad de guerras contra los otomanos

Mientras se desarrollen en el porvenir los anales de la humanidad, será honor de los españoles haber conservado por espacio de diez siglos la misión de defender contra las razas inferiores la civilización europea. En tanto que ellos derramaban su sangre y se detenían en las costumbres militares, permitían á sus hermanos de la familia *ariana* reunir el tesoro de nuestros conocimientos y de nuestra cultura técnica. Los sufrimientos que costaron estas luchas han de buscarse hoy en leyendas ó crónicas olvidadas. Pero aún cuando el suelo de España fué rescatado, quedó amenazador el peligro sin que la seguridad estuviera afianzada ni en el mar ni en las costas.

Los barcos eran acechados en la rada de Cádiz y en la ría de Sevilla y apresados por los corsarios turcos con un botín enorme á veces (3): sobre la pérdida del cargamento, tenía que soportar el comercio la elevación del flete, inevitable en relaciones expuestas á tales accidentes. Los barcos de pesca no estaban más seguros, ni menos los pescadores: retirábanse de noche

entender de la consecuencia grande que son estos sobredichos casos, diera otro remedio en ellos...»

- (1) Ms. Arc. nac. K. 1507, pieza 29, y Ms. Bibl. nac. 10751, f. 1097.
 (2) Ms. Bibl. nac. 10751, fol. 1124, del 7 de diciembre de 1567.
 (3) Ms. Rec. of. 248, Challoner to the queen, 24 jun. 1562. «The Moors have spoilt many merchant ships about Seville and Cadiz with a booty of more than 100.000 ducats.»

á una torre, donde ponían vigilantes; pero muy á menudo vigilantes, patronos y marineros que habian visto ponerse el sol en España, lo veían salir en Tetuan (4). Con frecuencia también los simples paseantes eran sorprendidos en medio de su solaz: Habíamos entrado en una gruta tapizada de madre selva, y en medio de la comida, vimos aparecer á la entrada de la cueva unos hombres con casquetes rojos y capas blancas, que gritaron: ¡Perros! entregaos (5). Ni las galeras reales ni la presencia misma del rey tenían á raya la audacia de aquellos piratas: en el momento en que Felipe II está en Valencia y mientras no se habla más que de torneos, juegos de sortija, danzas y otras honestas diversiones, no pierden el tiempo los moros ni temen apresar barcos á una legua de esta ciudad y destruir todo lo que pueden (6). Porque se atreven á entrar tierra adentro, cuando son bastante numerosos y esperan hacer buena presa, de modo que se sabe á veces en la corte que los corsarios han desembarcado y entrado hasta nueve leguas en el país, llevándose cuatro mil almas cautivas (7).

Italia estaba aún más maltratada que España; la población entera de una ciudad era lleva-

- (4) Cervantes, *la Ilustre Fregona*.
 (5) *Marcos de Obregon*, ed. Rivadeneyra, pág. 43.
 (6) Ms. Bibl. nac. 3162, fol. 74, Saint Sulpice á Catalina.
 (7) *Ibid.* 10751, fol. 483, Forquevaux al rey.

da en esclavitud, y los castillos tomados por asalto y saqueados. Un austriaco, Bartolomé Giorgewitz, dió cuenta de un cautiverio de treinta años entre los turcos (1), y sus detalles son horrorosos. Los hombres estaban obligados á rudos trabajos con insuficiente sustento; las mujeres parecían más desgraciadas, aún cuando caían en manos de las mujeres turcas (2); pero la suerte de los niños era la más miserable: unos eran arrebatados á los griegos y slavos tributarios, y no podría expresarse con palabras lo que costaba de lágrimas y suspiros el momento de la separación (3); otros eran robados en Hungría y en las costas del Mediterráneo, y no se sabía más de ellos, siendo todos igualmente perdidos para la cristiandad. Este poder tan terrible de los otomanos reposaba efectivamente en una organización bastante salvaje, que permitía utilizar los cautivos. No hay que perder de vista, y es un detalle precioso para el estudio de las razas, que los turcos fueron peligrosos para Europa sólo empleando contra ella á los europeos: cuando el reclutamiento de los genizaros llegó á faltarles, quedaron entregados á sí mismos, es decir, á la impotencia y á la ruina.

Hay dos períodos distintos en la evolución del islamismo, el de los árabes y el de los turcos. Se ha dicho, en cuanto es posible comparar los creadores de la civilización con sus peores enemigos, que los turcos fueron á los árabes lo que los romanos habian sido á los griegos. Sabían absorber á los vencidos y encerrarlos en su mundo. Los niños de menos de siete años eran convertidos y sometidos á una educación moral y física que les ofrecía como ideal supremo la muerte en el combate por la fe musulmana. Con esto, toda la virilidad del vencido estaba puesta al servicio del vencedor. De estos pobres seres, los más inteligentes, los más agraaciados, los más hábiles llegaban á los empleos civiles y á los mandos militares; los demás entraban en el cuerpo de los genizaros, con la pluma de garza real en la frente y el flotante alquicel sobre la armadura. Así se ve, después de la toma de Gerba por los turcos, cómo los niños españoles vienen á ser pajes del Gran

Señor (4); crecían en una vida abyecta, sin mujer, sin amor, en una tortura moral que producía seres infames y esclavos de combate. De estas vergonzosas escuelas salieron los Kuprili y Dragut.

Mohammed Kuprili era un niño italiano, hijo de un conde Mastai Ferretti (5), de esa familia que ha dado á la Iglesia el santo papa Pio IX: llegó á la dignidad de gran visir, y tuvo por sucesor á su hijo Mohammed el Halcon. Estos fueron los que organizaron el poder naval de los turcos durante el siglo XVI y dirigieron todas las expediciones contra Carlos V y Felipe II.

Dragut era un griego del Asia Menor: gracioso niño de roja cabellera, vino á ser paje de un corsario (6). Tomó sobre su amo un predominio irresistible, ejerció en su nombre el mando de la galera, hizo muchas y audaces travesías con que cobró celebridad entre los demás piratas. Sorprendido por los navíos de Doria fué cogido vivo, atado á un banco de galera y obligado á remar por espacio de cuatro años. Barbaroja, el jefe de todos aquellos aventureros, quiso rescatar al jóven camarada, cuyos principios habian sido tan afortunados, y después de haberlo buscado inútilmente en las chusmas de Doria, lo encontró al fin y lo rescató á precio de tres mil escudos, «lo que fué una gran mengua para los que lo dejaron ir por tal avaricia» (7). Tales sufrimientos y vejaciones no debían hacerlo compasivo ante las miserias de los demás: obtuvo algunas galeras de Barbaroja, despobló varias poblaciones en la costa de Italia, se distinguió durante el sitio de Trípoli contra los caballeros de San Juan, recibió de la Puerta una semisoberanía en la Tripolitana y llegó á ser uno de los más terribles piratas del Mediterráneo. A la vista de una flota de Doria, que le daba caza, abordó una galera española cargada de soldados y víveres para los presidios de Sicilia, lo arrebañó todo y se salvó después (8).

Otro pirata no menos feroz que él era Uluch-Alí, su rival en las costas berberiscas. Había nacido en la Calabria, donde era fraile, según se decía, y al trasladarse á Nápoles para estudiar, fué cautivado y luego renegó. «Yo creo que tomó el turbante por taparse la tiña» (9).

(1) Este libro fué publicado en italiano, en Florencia, con el extraño título: *Prophetia de mahometani et altre cose turchesche*, tradotto per Lodovico Domenichi, Firenze, 1548.

(2) *Ibid.* «Fra le quale vi sono alcuni tanto sporchi servigi che honestamente non si possono dire. (El que se cita no tiene nada de extraordinario.) Elle sono sforzate andarli dietro con un vaseletto d'acqua, per quando elle vanno a scaricare il corpo et purgar quelle parti.»

(3) *Prophetia de mahometani*, etc. «Nessuno potrebbe sprimere con parole con quai lagrime, pianti et sospiri...»

- (4) *Negociaciones en el Levante*, tom. II, pág. 709.
 (5) Valiero, *Historia della guerra di Candia*, Venezia, 1679, página 528.
 (6) Brantome, tom. I, pág. 110.
 (7) *Idem.*
 (8) *Idem.*
 (9) *Id.* pág. 115.